

# LA LÓGICA DE LA INACCIÓN COLECTIVA (notas críticas a una sorprendente apología liberal del individualismo)

Javier Villanueva Vázquez

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

La lógica de la acción colectiva,\* tesis doctoral de Mancur Olson, empezó a ser fuertemente discutida —por John Kenneth Galbraith y Talcott Parsons entre otros científicos sociales de las más variadas especialidades— aun antes de su publicación en Harvard allá por los calientes años alrededor del 68. Su discusión se amplió casi inmediatamente cuando F. A. von Hayek dispuso su traducción al alemán y le añadió un prólogo. A partir de entonces el título del libro se ha venido identificando como el nombre de una nueva disciplina en varias universidades de Estados Unidos y Europa, y Olson se ha convertido rápidamente en un clásico en las teorías analíticas sobre la acción colectiva y los grupos.<sup>1</sup>

Aunque el texto es muy poco conocido en los medios hispanohablantes, para los cuales aún no existe una versión castellana, la tesis en sí misma ha empezado a sernos familiar a fuerza de su infinidad de aplicaciones prácticas, especialmente durante estos últimos diez años de reestructuración "concertada" desde el FMI (aunque otras aplicaciones tuyas puedan ser demasiado molestas para estos y otros centros financieros). Hasta diría que está empezando a convertirse en parte del sentido común propio de nuestra

\* Mancur Olson, *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*, Schocken Books, Nueva York, 1971 (1968; copyright 1965).

<sup>1</sup> Véanse, por ejemplo, David A. Reisman, *Theories of collective action; Downs, Olson, and Hirsch*, Macmillan Pubs., Londres, 1990 y Jon Elster, *El cemento de la sociedad*, Editorial Gedisa, Barcelona, 1991.

modernidad, dirigiendo desde este silencioso trono multitud de investigaciones antropológicas.

La tesis de Olson, pues, viene con cartas de recomendación más que autorizadas; y no resulta poco imperativa la presión para ponernos al día con la modernización académica, política y administrativa a nivel internacional (sea para modernizarnos o para saldar cuentas con ella), más aún cuando *la apertura* nos encierra por los cuatro costados. Pero éstas no son las auténticas motivaciones para discutir la tesis olsoniana, sino más bien datos biográficos que atestiguan la grave seriedad de una proposición que, por sí misma, es un desafío a la discusión. Probemos si no.

#### LA TESIS PROPIAMENTE DICHA: SUS RESULTADOS

En la introducción a su tesis Olson expone con claridad anglosajona cuáles son los resultados que se propone demostrar. Aquí no haré más que intitular cada uno de sus resultados —expresando con temperamento latino lo que en mi opinión significan—, además de añadir unos ejemplos ilustrativos y hacer una advertencia sobre un problema de interpretación, dejando para los siguientes apartados, tal como lo hace Olson, la definición de los términos que utiliza.

*Teorema de Mancur Olson sobre la inacción colectiva:* si los miembros de un grupo son  
a) racionales y b) libres (nadie los coacciona ni estimula), entonces:

1° *principio de apatía generalizada:* si el grupo es grande, los individuos "no actuarán para conquistar sus objetivos comunes o de grupo" ni formarán organizaciones para promoverlos (p. 2); y 2° si el grupo es pequeño, podrá haber alguna acción voluntaria de alguno de sus miembros que apoye los intereses comunes de todos, pero

i) *principio de ineficiencia o mediocridad:* "en la mayoría de los casos esa acción cesará antes de alcanzar el nivel óptimo para los miembros del grupo en su conjunto", quedando tanto más abajo de este óptimo cuanto más grande o más igualitario sea el grupo (p. 2); y

ii) *principio de parasitismo*: existirá una "sorprendente tendencia a la 'explotación' de los *grandes* por los *pequeños*", es decir, de los más interesados en el bien común por los que menos valoran su obtención (p. 3).

*Paradoja de Olson*: lo anterior vale, precisa nuestro doctor de Harvard, aun cuando todos "salieran ganando si, como grupo, actuaran para alcanzar su objetivo o interés común" y "aun cuando exista un acuerdo unánime en el grupo en torno al bien común y a los métodos para alcanzarlo" (p. 2); hacia el final de su exposición teórica insiste: "*la suposición hecha en este trabajo es que existe un consenso perfecto*" respecto a esas cuestiones (p. 60; cursivas del autor). En otras palabras, lo más racional para cada uno es lo más irracional para todos.

A grandes rasgos, ésta es la tesis de Mancur Olson, quien como se ve gusta de decir claramente las cosas aun cuando resulten poco edificantes. Los profesores y estudiantes de una universidad, por ejemplo, pueden tener como interés común la elevación del nivel académico, pero si actúan racionalmente nadie hará nada por elevarlo salvo que exista un sistema individualizado de estímulos y sanciones que los impulse a hacerlo. Esto será tanto más válido cuanto más "de masas" sea esa universidad. En los pequeños institutos, seminarios o grupos de trabajo, en cambio, podrán darse iniciativas espontáneas dirigidas a la elevación del nivel académico del grupo en su conjunto, pero cada una aportará menos de lo que les convendría a todos y la mayoría se dará por satisfecha con lo que aportará la minoría más interesada o comprometida de sus integrantes. Lo mismo puede decirse respecto a la competitividad de una empresa o de un país o sobre la salud ambiental de una región o del planeta entero. Si alguna vez pudo existir algo así como un comunismo primitivo, su posibilidad habría descansado precisamente en lo primitivo: conforme las pequeñas hordas y tribus se fueron transformando en naciones y pueblos numerosos, la contradicción entre lo racional para el individuo y el interés común para todos tenía que estallar generando desigualdad y opresión. Está claro, por lo demás, que el hecho de que el ideal socialista degenerara convirtiéndose en el llamado socialismo real, así como que este último acabara por derrumbarse, no es una

historia que pudiera haber tomado por sorpresa a los seguidores de esta tesis.

Ahora se comprenderá por qué es que esta tesis le entusiasmó tanto a von Hayek, uno de los grandes patriarcas del liberalismo actual (el afamado "neoliberalismo"), pese a que Mancur Olson discute explícitamente algunas de sus opiniones y no vacila en considerarlo un extremista del *laissez faire*. Se observará que en la tesis no hay ninguna referencia directa a la intervención estatal, y que, en cambio, lo que se destaca como enemigo acérrimo de la libertad es el tamaño de la organización —sea estatal o privada. Hayek recibió benévolamente esta discrepancia, quizás acordándose de que él mismo en su juventud no sólo no señalaba al estado como el enemigo de la libertad sino que veía en él al instrumento de la liberación.<sup>2</sup> Sin embargo, las diferencias de Olson con los extremistas del liberalismo resultaron ser bastante más sólidas, como veremos al final. Conviene que las analicemos desde el principio.

La introducción es, pues, bastante clara sobre lo que Olson se propone, pese a no precisar aún el significado de los términos que utiliza. El único punto en que hay diferencias de interpretación es el relativo a los supuestos de lo que he llamado su *teorema*. En la introducción añade una tercera premisa a las arriba mencionadas: la presencia de individuos *self-interested*, término difícil de traducir, máxime por la discusión que sigue. Olson llega a formularla en los siguientes términos: individuos que "buscan racionalmente maximizar su bienestar personal" (p. 2). Esto ha dado pie a que se le identifique sin más, y no sin razón, con aquella vieja tradición que arranca con Hobbes (1588-1679), allá por los orígenes mismos de la revolución burguesa, y que sostiene como hipótesis la naturaleza egoísta del hombre.<sup>3</sup> Pero este juicio simplifica la discusión y pierde de vista la posición específica de Olson, para quien su teorema "no necesariamente asume el comportamiento egoísta, maximizador de ganancias, que los economistas normalmente encuentran en el mercado", sino que "se mantiene verdadero, independientemente de si la conducta es egoísta o altruista,

<sup>2</sup> Friedrich A. Hayek, *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 1978 [1944], p. 20.

<sup>3</sup> Cf. J. Elster, *op. cit.*, y Félix Ovejero Lucas, *Intereses de todos, acciones de cada uno*, Siglo XXI, España, 1989.

mientras estrictamente hablando sea «racional»'; líneas adelante reafirma categóricamente que "el único requisito" es ése, individuos que se comporten de modo racional (p. 64-65). Y es que para él no es necesario *suponer* ninguna naturaleza egoísta, precisamente porque lo que pretende es *demostrarla* a partir de las premisas de racionalidad y libertad. Lo que quiere ofrecernos, pues, es la versión liberal y moderna del pecado original. Para formular las condiciones del teorema de Olson me he basado en la fórmula con la que concluye la parte teórica de su tesis, de la que resulta su versión fuerte, es decir, sin recurrir al supuesto de lo que llama "egoísmo".<sup>4</sup> Ya veremos si se sostiene o no sin él y cómo.

#### LOS ARGUMENTOS ANALÍTICOS EN QUE SE FUNDAMENTA

El lado más flaco de la tesis de Olson radica, como intentaré mostrar, en su fundamentación conceptual. Junto al extenso estudio que había hecho Sartre sobre la acción y los grupos cinco años antes,<sup>5</sup> muchas veces Olson da la impresión de que no sabe ni de qué está hablando. Paradójicamente, sin embargo, esta debilidad conceptual se convertirá en una de sus más importantes demostraciones de fuerza, precisamente porque sus conclusiones parecen seguir siendo válidas para las diversas concepciones que se le han enfrentado, en especial para las que cuentan con un desarrollo analítico considerable, que son las que han tenido mayor interés en discutirla y con las que puede establecer un diálogo. Y no me refiero solamente a las escuelas de Weber y Parsons, sino también al llamado marxismo analítico (o analítica llamada marxista), por lo menos en la vertiente de Elster.<sup>6</sup> Por lo demás, el tan moderno desprecio por la fundamentación conceptual (esa ideología sobre

<sup>4</sup> Lo que no excluiría el seguir considerando al hombre como egoísta por naturaleza: la única diferencia es que ese egoísmo sería lógicamente deducible de la racionalidad, estaría contenido dentro de ésta. En otras palabras, el hombre sería egoísta por naturaleza y por lógica, punto.

<sup>5</sup> Jean Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1963 [1960].

<sup>6</sup> J. M. Barbalet expone acertadamente la relación de Olson con estas corrientes en "Class and Rationality: Olson's Critique of Marx", *Science & Society*, vol. 55, núm. 4, invierno 1991-1992, p. 446-468.

el fin de las ideologías) contribuye, y no poco, a que un sofisma pase fácilmente inadvertido sin más pasaporte que una brizna de veracidad.

La formación básica de Olson es la del economista norteamericano, especialista en las técnicas del análisis cuantitativo. De hecho su tesis surge del estudio de las alianzas entre empresas para obtener un beneficio común, como podría ser la elevación del precio de venta del producto que comercian o una disminución en sus impuestos. No tarda mucho en darse cuenta de que el problema que enfrenta es sólo un caso particular de una pregunta que rebasa con mucho su original campo de aplicación —o que está en el fondo de este último: ¿bajo qué condiciones es que un individuo va a cooperar en la obtención de algo que representa un interés común para el grupo al que pertenece? Es entonces cuando Olson se pone a estudiar la posibilidad de generalizar sus métodos y conclusiones, los que en principio considera válidos en el campo económico. Su salto a, o mejor dicho, su inmersión en la antropología comienza por el reconocimiento de los nuevos objetos de estudio y por la búsqueda de definiciones para operar con ellos. Aquí es donde se nota una superficialidad que elimina la riqueza de matices —es decir, que subestima la complejidad de los problemas— encerrada en la ya larga historia de las discusiones antropológicas sobre los temas en cuestión, pese a que se apoya frecuentemente en los trabajos de Max Weber, Talcott Parsons y Georg Simmel (o precisamente porque sólo alcanzó a apoyarse en ellos). Los conceptos centrales los establece en su primer capítulo, el que lleva por título nada menos que "Una teoría de los grupos y organizaciones". Veamos hasta dónde cumple lo que promete.

*Definición 1:* "Un interés común o de grupo es aquel propósito u objetivo único que comparten varios individuos" (p. 7). Por ejemplo, un aumento en el precio del barril de petróleo para los productores del crudo, un aumento de salarios para los empleados de una fábrica o la promulgación de determinada ley para todos los que se benefician con ella.

*Definición 2:* Por *grupo* entenderemos a ese conjunto de individuos que comparten un interés común (p. 8), como los productores de petróleo o los empleados de la fábrica *entre sí* (no con los patrones: el salario y la ganancia son objetos distintos y, por tanto,

definen grupos distintos; así lo reconoce Olson en la nota 7 (p. 6).

Más adelante Olson hace una precisión importante sobre estos términos:

*Definición 3:* "El mismo hecho de que un objetivo o propósito sea *común* a un grupo significa que nadie en el grupo es excluido del beneficio o satisfacción obtenido con su logro", o para decirlo en los términos de MacIver,<sup>7</sup> que "los abraza a todos ellos de forma indivisible" (p. 15). El precio del barril tiene que ser el precio de *referencia internacional*, el aumento salarial del que hablamos tiene que ser *general*, aplicable a todos o a ninguno; lo mismo debe valer para la ley.

Se puede observar que Mancur Olson supone como dados, simples e indiscutibles, los conceptos de *individuo* y de *propósito* u *objetivo*; con estos axiomas implícitos teje la trama de su nueva teoría de los grupos y las organizaciones. No creo que los conceptos de *individuo* y de *objetivo* se puedan dar por supuestos, o considerar como pre-teóricos, ahí donde lo que se pretende es descubrir *la lógica de la acción colectiva*. Pero por lo pronto aceptemos, sin conceder, que la noción de individuo no resulta problemática, que todo mundo sabrá a qué nos estamos refiriendo y se referirá a lo mismo; más adelante tendremos mejor ocasión de cuestionar esta robinsonada.<sup>8</sup> La identificación entre *interés*, *propósito* y *objetivo*, en cambio, introduce una confusión que es preciso aclarar de entrada.

Lo que está en juego al distinguir entre lo que es un *propósito* u *objetivo* y lo que representa un *interés* es, precisamente, la acción. Por lo general, el *propósito* suele identificar la finalidad de una acción, el *objetivo* al nuevo objeto que la acción trata de hacer aparecer. Si entendemos así los términos utilizados en las defini-

<sup>7</sup> R. M. MacIver, *Encyclopaedia of the Social Sciences*, XII, 147; New York, Macmillan, 1932 (citado por Olson).

<sup>8</sup> Esta discusión ha renacido bajo formas más complejas con el individualismo metodológico: "todas las instituciones, pautas de comportamiento y procesos sociales pueden ser explicados, en principio, en términos de los individuos únicamente. . . sus componentes más simples" (Jon Elster, *Una introducción a Karl Marx*, p. 24, Siglo XXI, 1991 [1986]; no introduce a Marx pero sí al individualismo metodológico).

ciones 1 y 3, entonces la presencia de un interés común implicaría una acción en todos y cada uno de los individuos del grupo dirigida hacia su obtención, y el teorema de Olson entraría en franca contradicción con sus axiomas. La única salida es entender al *interés común* en términos que no involucren la acción de los individuos en cuestión, por ejemplo:

*Definición 1'*: entenderemos por *interés común* a un objeto —cosa, idea o relación— cuya obtención o establecimiento resultaría en un beneficio indiscriminado para todo un conjunto de individuos.

De hecho, ésta es la acepción que se desprende de los ejemplos dados por nuestro doctor de Harvard. Quedará por resolver cómo determinar lo que *beneficia* a un conjunto de individuos sin recurrir a la acción directa de ellos mismos (sabemos muy bien que esto se presta a infinidad de demagogias), pero por lo pronto esta definición del *interés común* resulta mucho más consistente tanto con la construcción teórica de Olson como con sus ejemplos.

Esta forma de entender el carácter *común* de un interés —“para todos o para nadie”— permite al doctor Olson enlazar esta discusión sociológica con el siguiente concepto económico:<sup>9</sup>

*Definición 4*: Para un grupo dado, “un *bien público* —*bien común, bien colectivo*— es cualquier bien tal que, si una persona cualquiera del grupo lo consume, no es factible que le sea rehusado a los demás” (p. 14). Tal sería el caso de la salubridad y la seguridad *públicas*, de la construcción, asfaltado y alumbrado de vías *públicas*, etcétera.

La identificación entre interés común y bien público es tan fuerte en la concepción de Olson, que poco más adelante nos hace la siguiente

*Proposición 1*: “Está en la esencia de una organización . . . proveer de bienes públicos o colectivos”; ésta es su “función fundamental” (p. 15).

<sup>9</sup> Paul A. Samuelson, “The Pure Theory of Public Expenditure”, *Review of Economics and Statistics*, xxxvi, nov. 1954, citado por Olson, *The Logic . . .*, nota 21.

Aquí llegamos a una de las claves de la tesis de Olson. Al pensar el *interés común* como si se tratara de un *bien público*, se le hace evidente la posibilidad de que una parte del grupo se beneficie de la obtención de un bien *sin haber hecho nada de su parte para obtenerlo* (el que se va sin pagar, el evasor de impuestos); en otras palabras, descubre una estructura social en la cual los beneficios son *compartidos* (lo que Olson identifica con *distribuidos*) *necesariamente entre todos* los miembros del grupo, sin importar si contribuyeron o no a la obtención de esos beneficios, mientras que el trabajo de obtenerlos ("su costo") *sólo es compartido (distribuido) entre aquellos que contribuyen* a su obtención. Aquí siempre es posible que otro "compre" el bien común y que entonces yo lo "consuma" igualmente. Olson señala con energía y arroja luz sobre las consecuencias de esta estructura social anticooperativa, la cual sin duda existe y tiene una enorme eficacia en producir los efectos señalados por él (todos conocemos al *gorrón*, al parásito); su error consiste en hacer pasar esa estructura, la que no ha analizado nunca en sí misma, como *la estructura esencial e insuperable de la acción colectiva*. Pero no apresuremos el paso. Por lo visto hasta aquí se comprende ya que, en adelante, los bienes públicos o colectivos jugarán el papel de fruto prohibido en la interpretación olsoniana del drama bíblico (o el papel de la ayuda estatal en el drama de Hayek).

En realidad no es necesario pasar por la mediación de los *bienes públicos* para llegar a la revelación de sus malditas consecuencias, las que pueden deducirse fácilmente de las primeras tres definiciones, donde puede verse que lo que en realidad representa al mismo diablo disfrazado de serpiente es lo comunitario. Es muy posible que el desarrollo del análisis cuantitativo debido a Samuelson, verificado durante los diez años anteriores a la tesis de Olson, le haya facilitado a éste arribar a su conclusión. Pero el recurso a los *bienes públicos* cumple además otra función que quizás sea más esencial: la de llevarnos al análisis económico de la acción del grupo. Y es que, por muy clásicamente sociológicos y por muy universalmente antropológicos que puedan ser *el grupo* y *el interés común*, lo cierto es que tanto el uno como el otro tienen que producirse y reproducirse en un mundo limitado de medios y técnicas, y este aspecto de la cuestión se mantendría inaccesible si no pudiéramos recurrir al análisis económico. Esto me parece com-

pletamente legítimo (aunque las razones de Olson para hacerlo seguramente son muy otras). En lo que tendremos que ser cuidadosos será en evitar que por debajo de las categorías económicas, o junto con su unilateralidad, se nos vayan a colar subrepticamente significados que sólo son aplicables en contextos históricos y sociales muy específicos.

Como puede observarse, lo esencial del teorema de Olson ya está contenido en las definiciones dadas hasta aquí: cooperar con el grupo necesariamente me va a representar un "costo" y no necesariamente un beneficio. Lo único que resta por determinar es un criterio de decisión basado en esta contradicción. Y todo lo anterior viene apuntando hacia un criterio tal de decisión que conocemos demasiado bien. Ya tenemos ahí al grupo, puesto delante de su bien colectivo; todos sus miembros están de acuerdo en que ése es el bien que más les conviene a todos y existe un pleno consenso entre ellos sobre los medios para llegar a él, además de que todos y cada uno son perfectamente libres de actuar como quieran. ¿Qué hará el grupo en estas condiciones?

CONDICIONES DEL TEOREMA:  
EL INDIVIDUALISMO *ELECTRÓNICO* DE LOS PERSONAJES

Entre los términos utilizados por Mancur Olson en su teorema, el más insistente y acentuado y el que más reclama una definición es el de la racionalidad, al que señalaba como "el único requisito" para estar de acuerdo con sus conclusiones. Aquí es el lugar apropiado para sacar a relucir ese requisito, ahora es el momento preciso para ponerlo a prueba. ¿Qué significa que una acción sea racional? Nuestro doctor de Harvard prefiere no enfrentar directamente la cuestión, pero no puede evitar definirse en torno a ella al plantear y llevar a cabo la demostración de su teorema. Y una razón en marcha es mucho más clara y transparente que cualquier intento por definirla con palabras. A la pregunta: ¿qué hará el grupo en las condiciones descritas? Olson responde:

*Proposición 2:* "Lo que haga un grupo dependerá de lo que los individuos en ese grupo hagan" (p. 23), y

*Proposición 3:* "lo que los individuos hagan dependerá de las ven-

tajas relativas que para ellos representen los cursos de acción alternativos [. . . es decir, de] la ganancia o pérdida individual que resulte de obtener diferentes montos del bien colectivo" (p. 23).

No se puede negar que "lo que los individuos hagan" también depende de lo que hagan o se espera que hagan los otros individuos, así como de los recursos y características propios del grupo. Estos últimos sólo caben en los considerandos de Olson dentro de los cálculos que hagan los individuos sobre sus ganancias o pérdidas probables (a las que se puede añadir un factor de probabilidad e incluso uno de interés financiero, para hacer más flexible la cosa), pero sobre la dependencia de la acción de cada uno respecto a la de cada cual Olson prefiere hacer abstracción: si la libertad es comprendida como ausencia de toda influencia exterior a la relación entre el individuo y su objetivo (nada lo coarta a actuar de determinada forma y nadie le ofrece estímulos para que colabore con el grupo), esta libertad es llevada al extremo de exigir que la decisión se tome en la soledad más absoluta. Como lo había anunciado, se trata de una robinsonada. El problema es, sin embargo, que esa abstracción no se da solamente en la mente de Olson sino, sobre todo, en la realidad de la modernización; por tanto tendremos que contar con ella en buena medida.<sup>10</sup> El teorema de la inacción colectiva supone una situación en la que la colaboración, de darse, tendría que partir desde cero. Los *otros* sólo están ahí como consumidores potenciales de nuestros logros; después entrarán en el razonamiento de Olson como productores, o mejor, como compradores, pero sólo vistos como una posibilidad para cada uno de escurrir el bulto o de dividir los costos (no de disminuirlos), y esto último sólo a condición de pagar los costos adicionales de *la organización*. Se ve que Sartre no daba en el vacío cuando denunciaba esas situaciones en las que "el infierno son los otros".

La decisión racional, pues, requiere de "un estudio de los costos y beneficios de los cursos de acción alternativos abiertos a los individuos" (p. 21), donde los diferentes cursos de acción muy bien pueden ser los diferentes montos del bien colectivo con los

<sup>10</sup> Si estamos de acuerdo en que la soledad de Robinson es la condición de imposibilidad de la libertad, entonces coincidiremos en que los apologistas modernos de esta libertad liberal son unos demagogos (dicho sea de paso).

que un individuo puede contribuir a su grupo (¿cuántos barriles de petróleo va a dejar de producir un miembro de la OPEP para contribuir a elevar el precio por barril?). Y, en efecto, al demostrar su teorema (p. 22-33) Olson decide la cuestión en términos de la diferencia entre el *beneficio* y el *costo* (la *ventaja individual*) que tendría para cada uno el aportar una equis cantidad del bien colectivo, de suerte que lo racional resulta ser que un individuo sólo intenta aportar al grupo una cantidad determinada del bien colectivo ahí donde su *ventaja individual* sea positiva y, en especial, donde alcance su máximo. Apoyándose en la estructura anti-cooperativa de los bienes públicos y de los intereses comunes, Olson argumenta que

*Suposición adicional 1:* el beneficio de cada uno está en función inversa al tamaño del grupo (ya que el beneficio "se distribuye" entre sus miembros), mientras que

*Suposición adicional 2:* el costo es independiente al tamaño del grupo.

Concluye entonces que conforme más grande sea el grupo más difícil será que el beneficio de alguien exceda a su costo. Tenemos, pues, el *principio de apatía generalizada* formulado más arriba (y una especie de regla para definir en cada caso cuándo es que un grupo es grande). Por otra parte, como

*Suposición adicional 3:* el beneficio de cada uno es un porcentaje del beneficio del grupo

entonces demuestra fácilmente, mediante una simple operación de máximos y mínimos (ver apéndice), que el óptimo para cualquier *ventaja individual* siempre será menor que el óptimo para la *ventaja colectiva* del grupo en su conjunto —*principio de mediocridad o ineficiencia*— y menor al óptimo para cualquier otro miembro que valore más alto al bien en cuestión —*principio de parasitismo*.

La demostración está llena de estos y otros supuestos discutibles e implícitos que limitan considerablemente el alcance del teorema.<sup>11</sup> Los tres supuestos adicionales que he consignado, en

<sup>11</sup> Por ejemplo: para que costos y beneficios puedan restarse y derivarse matemáticamente es necesario que puedan ser medidos por la misma unidad de medida y que ésta pueda fraccionarse en cantidades racionales y, curiosamente,

particular, son válidos con mucha generalidad para las sociedades mercantiles, pero no para todas y mucho menos para las sociedades políticas, culturales o sociales, por lo menos ahí dónde éstas no se han mercantilizado demasiado ¿Sobre qué base puede afirmarse que el beneficio que obtiene un activista ecológico o político al contribuir para su causa, es inversamente proporcional al tamaño del grupo que saldría beneficiado con su realización, y más aún que es un porcentaje del beneficio del grupo, como si trabajara a comisión? Está claro, por lo demás, que la suposición adicional 2 sólo se sostiene aceptando la robinsonada mencionada más arriba, porque por lo general "los costos" se abaten enormemente cuando el trabajo lo hacen varias personas en colaboración, lo que en muchos casos y nada secundarios es, además y sobre todo, una condición necesaria para obtener prácticamente el interés común.

Sin embargo, antes de meternos en los detalles, consideremos globalmente el razonamiento de Olson, porque de aquí resultará finalmente su limitación principal. La acción del grupo ha quedado *disuelta* en una multitud de acciones individuales, ciegas las unas respecto a las otras —el atomismo social perfecto—, y cada acción individual ha quedado determinada exclusivamente por una decisión que se reduce a una operación de cálculo para maximizar la *ventaja individual*. El grupo, que tenía ya su interés común al alcance de la mano de cualquiera de sus integrantes, ha quedado paralizado porque sus individuos, racionales y libres, llevándose la mano al mentón se han puesto a especular sobre sus costos y beneficios y, finalmente se han cruzado de brazos esperando a que otro se anime a cargar con los costos de la operación.<sup>12</sup>

Hasta aquí Olson no ha querido definir explícitamente lo que significa su hipótesis de *individuos con un comportamiento racional*, pero la única *racionalidad* que nos está mostrando, la única que está operando efectivamente en lo anterior, es la que él mismo calificaba como "comportamiento egoísta, maximizador de ganan-

---

irracionales. La más común de estas medidas de costos y beneficios es el dinero, pero desde luego que hay otras; los antropólogos conocen bien los intentos por basarse en la energía.

<sup>12</sup> El pensamiento de Olson muestra aquí, sin comprenderla, la estructura de alienación y alteridad —donde cada uno recurre al otro y se comporta como otro— tan característica de los conjuntos humanos dominados por la inercia ("colectivos"), ya analizados por Sartre [1960].

cias, que los economistas normalmente encuentran en el mercado". De acuerdo, pues, a la metodología expuesta en las *proposiciones 2 y 3* y a la demostración misma del teorema de Olson, parece que tenemos que concluir que, en efecto, tal como lo decía casi textualmente en su *Introducción* y pese a sus ulteriores afirmaciones en contra, un supuesto del *Teorema de la inacción colectiva* es el de individuos "egoístas", entendiendo por "egoísmo" —en este contexto quizá sea más conveniente llamarlo individualismo— esa búsqueda por maximizar las ganancias individuales a despecho de los intereses comunes. En otras palabras, en la demostración de Olson opera el siguiente

*Principio individualista:* si un sujeto actúa racionalmente (aquí no es necesario suponer que es libre), entonces su acción está guiada por la búsqueda de obtener la máxima utilidad para él mismo (utilidad = beneficio — costo). Si talando un bosque obtengo una gran ganancia y al dejar de talarlo no obtengo ningún beneficio, para Olson entonces, si soy racional debo talar bosque tras bosque sin parar, y si alguien quiere impedirlo sin anular mi racionalidad (es decir, si quiere concertar), lo único que debe hacer es elevar mis costos de talar árboles o prometerme un jugoso premio por preservar la naturaleza.

Y en efecto, a esto es a lo que muchos llaman *la decisión racional*.<sup>13</sup> Sin embargo, es después de haber formulado las *proposiciones 2 y 3* y de haber expuesto la demostración de su teorema, cuando Olson califica a la decisión así tomada de "comportamiento egoísta", rechaza tajantemente que sea ése el supuesto de su tesis y, tras afirmar aquello de que el "único requisito" es el comportamiento racional, entonces sí se anima a ofrecernos una definición:

*Definición 5:* "racional, en el sentido de que sus objetivos, sin im-

<sup>13</sup> Cf. J. M. Barbalet, *op. cit.* Para la discusión sobre la racionalidad en la acción humana véanse Amartya Sen, "Los tontos racionales" en F. Hahn, y M. Hollis (comps.), *Filosofía y teoría económica*, FCE, México, 1986; Herbert Simon, *Naturaleza y límites de la razón humana*, FCE, México, 1989; Jon Elster, *op. cit.*; los artículos de Elster, Brennan y Tversky y Kahneman en K. S. Cook, y M. Levi (eds.), *The Limits of Rationality*, Chicago, 1990 y Álvarez, José Francisco, "¿Es inteligente ser racional?" en *Sistema*, núm. 109, julio 1992, p. 73-91, Madrid.

portar si son egoístas o no, deben ser perseguidos por medios que sean eficientes y efectivos para alcanzarlos" (p. 65).

Nuevamente, pues, recurre a la noción de *objetivo*, la cual, como hemos visto, no comprende muy bien que digamos. Pero además, aquí la cosa tiene el agravante de que, con ese criterio, *los objetivos quedan al margen* de toda consideración sobre si son o no racionales: la racionalidad resulta ser una característica que atañe *única y exclusivamente a los medios* de que se echa mano para alcanzar un objetivo, no al objetivo mismo que se persigue. Y de los medios no se juzga más nada que su eficiencia y efectividad para alcanzar un objetivo equis, es decir su proximidad o rezago respecto a la tecnología de punta en el momento y lugar dados; es, pues, una racionalidad meramente instrumental, la que ya nos podíamos imaginar desde el principio y que, por ejemplo, se exhibió con tanta crudeza durante la Guerra del Pérsico, donde toda la racionalidad se ponía del lado de los controles electrónicos sobre las armas, cuya eficiencia y efectividad eran sin duda tan espectaculares como miserables;<sup>14</sup> los objetivos podían merecer un juicio moral o político, pero nunca el de ser o no racionales, es decir, nunca cuestionando cuál es su razón de ser. Pero moderemos nuestro temperamento y no "ideologicemos" la discusión. Por lo pronto concentrémonos en dilucidar "fríamente" la consistencia de la tesis de Olson, la que se ha puesto en duda con la manifiesta ambigüedad y vacilación en que incurre al referirse a lo que, para colmo, es su concepto clave: el comportamiento racional.

¿Vale o no esa sustitución del supuesto del *individualismo* (o egoísmo) por el de la *excelencia técnica*? ¿Podemos dar por buena esta nueva versión del teorema? Si el dichoso objetivo de esa excelencia técnica fuese el maximizar la ventaja individual, entonces estaríamos en el mismo caso del individualismo y no habría nada que añadir. Pero si el objetivo consistiera en beneficiarse con un determinado bien colectivo, ¿qué resulta más eficiente y efectivo, poner manos a la obra para obtenerlo directamente o sentarse con los brazos cruzados especulando con la posibilidad de que *otro* se decida a hacerlo? Ciertamente, como afirma Olson, la contribu-

<sup>14</sup> Y si no, ahí estaba la tv para lograr esa espectacularidad, con una eficiencia y efectividad que competía con la de las armas mismas. Quizás sea porque la tv también es electrónica.

ción individual será tanto más insignificante, pasará tanto más inadvertida, cuanto más grande sea el grupo, pero esto de ningún modo implica que mi contribución sea menos eficaz o menos eficiente que la no contribución *ahí donde mi objetivo sea disfrutar del bien colectivo*, incluso egoístamente, o si lo que buscara, si se quiere, fuera contribuir al bienestar de la humanidad entera. Es evidente que, en ambos casos, "gastar" en el bien colectivo sirve en algo al logro de uno u otro de esos objetivos, mientras que "el ahorrarse el gasto" no contribuye en nada. Lo "racional", entonces, atendiendo a la *definición 5*, sería contribuir con el grupo sin importar su tamaño.

Creo, pues, que Olson fracasó en el intento por darnos una nueva versión liberal del pecado original. Ha tenido que recurrir, como sus antecesores desde Hobbes, al supuesto del egoísmo —o más precisamente, del individualismo— en el sentido de que *el objetivo que buscan sus individuos es, por naturaleza, el maximizar eficaz y eficientemente sus ganancias individuales, al margen y aun en contra de las ganancias colectivas*. Al citar a Max Weber —"en una economía de mercado el interés en la maximización del ingreso *es necesariamente la fuerza motriz* de toda actividad económica"— y a Talcott Parsons —quien generalizaba a Weber al afirmar que el *performance a lo largo de toda la sociedad* es proporcional a los premios y castigos involucrados—,<sup>15</sup> Mancur Olson está dando crédito a la escuela de la que resulta ser un magnífico discípulo y continuador, aunque se mantenga renuente a integrarse a esa larga tradición que festina "El gran teatro del mundo", tal como bautizara Calderón de la Barca a esa pesadilla en la que "todo se compra, todo se vende", la que hoy tiende a hacerse realidad apoyada en una eficacia y eficiencia técnicas jamás imaginadas: "Lo que puede el dinero", como denunciara el Arcipreste de Hita desinteresada y generosamente, por el bien de todos.<sup>16</sup>

Pero todo esto no debe llevarnos a menospreciar los resultados de Olson. Por una parte porque no podemos subestimar las conse-

<sup>15</sup> Max Weber, *Theory of Social and Economic Organization*, Oxford University Press, New York, 1947, p. 319-320; Parsons, Talcott y Neil Smelser, *Economy and Society*, Free Press, Glencoe, Illinois, 1954, p. 50-69.

<sup>16</sup> En la inauguración de Barcelona '92, dando arranque a la disputa por las medallas de oro, se cantó aquello de "te quiero, morena, como se quiere al dinero, como se quiere a una madre". El temperamento latino también tiene lo suyo.

cuencias de la totalización mercantil: hace tiempo que el capital se metió hasta la alcoba y nos mira desde los pies de la cama, con ese gran ojo cuadrado y multicolor que ya se posesionó directamente de buena parte de la niñez. Por otra parte porque, aunque está claro que no podemos basarnos en la suposición de un egoísmo espontáneo y universal insuperable, ¿acaso la única alternativa es una sociedad que, para no caer en la ineficiencia y parasitismo, tendrá que recurrir al sacrificio permanente de sus individuos? Basándose en las consideraciones de Sartre sobre la racionalidad de la acción de individuos, "colectivos" y grupos,<sup>17</sup> se puede mostrar que, para beneficiarse de la hipótesis del individualismo y de todos los demás implícitos que le permiten cuantificarlo todo y operar con todo, el teorema de Olson incurre en dos fallas fundamentales:

1) ignora la muy humana *necesidad*, la que no se presta mucho para la complaciente especulación, el esmerado cálculo y la fácil manipulación que caracterizan a los personajes individualistas y electrónicos de Olson. Si un interés común es tal que representa una necesidad inmediata de sobrevivencia para uno o varios miembros del grupo, o si se presenta bajo una situación de "ahora o nunca", tan frecuente en las acciones colectivas, ¿cómo podría cuantificarse en el cálculo de costos y beneficios? Si tenemos que recurrir a los valores infinitos entonces aumenta la indeterminación del teorema.

2) Ignora la simple necesidad que tenemos, antes de comprar o distribuir cualquier bien o interés común, de que ese bien haya sido producido, lo cual no admite tan fácilmente la atomización e independencia individualistas supuestas en el teorema de Olson. La gran mayoría de los bienes e intereses comunes, si no es que todos, tienen la característica de que su obtención resulta inalcanzable —e incluso impensable— para individuos aislados, exigiendo la colaboración de varios de ellos.

Un ejemplo ilustra muy bien estas dos lagunas que deja necesariamente el enfoque emprendido por Olson en su teorema: la toma de la Bastilla, analizada por Sartre precisamente para poner al descubierto los caminos a través de los cuales se forma un grupo

<sup>17</sup> Sartre, *op. cit.* Sobre el concepto de "colectivo" ver nota 13.

de acción.<sup>18</sup> ¿Cómo valorar la amenaza de represión que con un plazo perentorio pesaba sobre los habitantes del barrio de Saint-Antoine? ¿Quién podía plantearse, siquiera imaginarse, el tomar por asalto la fortaleza al margen de lo que hicieran los demás?

En otras palabras, si Olson cayó finalmente en el error de reducir *la razón* a mera especulación comercial y financiera (esos *chips* programados para maximizar utilidades), basta con reinstalar en su lugar a la razón real y efectiva (a los hombres de carne y hueso, que todos los días necesitan comer y dormir) para que las cosas encuentren su verdadera perspectiva. Pero todavía conviene que nos detengamos a considerar

LAS CONSECUENCIAS Y LA SOLUCIÓN:  
EGOÍSMO + EGOÍSMO = ALTRUISMO

Nuestro doctor de Harvard insiste particularmente en dos consecuencias de su tesis, las que según esto fundamentarían su originalidad e importancia para la investigación antropológica. En primer lugar, nos dice, hay un supuesto en el que descansan los trabajos de muchos economistas, sociólogos y politólogos "de diversas tradiciones metodológicas e ideológicas [. . .], supuesto que ha sido importante, por ejemplo —continúa diciéndonos—, en muchas teorías sobre los sindicatos, en las teorías marxistas sobre la acción de las clases [. . .], en la ciencia política, al menos en Estados Unidos [. . .] y en muchos estudios sociológicos bien conocidos"; este supuesto —el cual existiría en Verba, Truman, Bentley, Marx, Lowie, Weber, Tocqueville, Bell, Parsons— consistiría en que creen poder concluir "que los grupos actuarán en su propio beneficio" sin contar con más premisa que la de "una conducta racional" de sus miembros (p. 1). En segundo lugar, todos estos trabajos no juzgan necesario distinguir entre los diferentes tamaños de grupo. De acuerdo con lo anterior, la tesis de Olson vendría a trazar una línea divisoria entre "la teoría tradicional de los grupos y las organizaciones" y la nueva teoría que comenzaría con él.

Olson es injusto con algunos de los autores que menciona; baste recordar que Marx definía a la sociedad comunista precisamen-

<sup>18</sup> *Ibid.*, t. II, p. 15-26.

te como *la primera sociedad* en la que "el libre desarrollo de cada uno coincidirá con el libre desarrollo de todos" (y ya Marx sabía que el descubrimiento de esa contradicción venía de antes). Pero la originalidad de su tesis puede descubrirse mejor con otro caso, del cual ya fue advertido Olson allá mismo en Harvard. Sobre la base de los mismos supuestos generales, hace muchos muchos años, antes incluso que Adam Smith pero ya en su umbral y en la misma ubre de la que éste se alimentó, David Hume (1711-1776) formuló una tesis muy similar a la de Olson. Éste lo reconoce así en una nota al pie (p. 33, n. 53) añadiendo de inmediato que sus argumentos son "algo diferentes", pero no alcanza a decirnos nada sobre cuál es esa diferencia. El contraste con la argumentación de Hume nos servirá para precisar el lugar específico de Olson en la teorización sobre la acción colectiva a partir de los supuestos atomísticos de Bacon, o mejor dicho, de Hobbes, quien fue el responsable de haberlos entrometido en las ciencias sociales. La cita en extenso del *Tratado de la naturaleza humana* vale la pena. Va.

No hay cualidad en la naturaleza humana que cause errores más fatales en nuestra conducta, que aquella que nos lleva a preferir lo presente a lo distante y remoto, y nos hace desear los objetos más por su situación que por su valor intrínseco. Dos vecinos pueden estar de acuerdo en drenar un prado que poseen en común, porque para cada uno es fácil conocer el pensamiento del otro y porque cada uno debe percibir que la consecuencia inmediata de no cumplir con su parte significa el abandono del proyecto en su conjunto. Pero es muy difícil, e incluso imposible, que mil personas se pongan de acuerdo en una acción de ese tipo; siendo difícil para ellos concertar un diseño tan complicado, y aún más difícil ejecutarlo, cada uno busca un pretexto para liberarse del problema y del gasto y dejar caer toda la carga sobre los otros.

Es evidente que Olson está retomando el mismo problema planteado por Hume, quien se ve que ya reconocía la posible contradicción entre los intereses individuales y los de grupo y, también, ya veía el tamaño del grupo como un factor decisivo para la no colaboración. La diferencia está en las causas que cada uno le atribuye a este comportamiento: donde Olson hablaba de racionalidad, Hume habla de inmediatez y superficialidad, y donde Ol-

son desertaba ante el costo, Hume lo hace ante la dificultad. Es posible que *el costo* de nuestro economista de Harvard comprenda a *la dificultad* del célebre filósofo, pero también puede ser que la superficialidad y el inmediatismo que denunciaba Hume tengan en la racionalidad de Olson uno de sus casos ejemplares. Pasemos a ver las soluciones que cada uno propone. Empecemos por las que sugiere el maestro.

La sociedad política remedia fácilmente ambos inconvenientes. Los magistrados encuentran un interés inmediato en el interés de cualquier parte considerable de sus súbditos. Ellos no necesitan consultar con nadie más que con ellos mismos para dar forma al proyecto que responda a ese interés. Y ahí donde la falla en la ejecución de una pieza esté conectada, aunque no inmediatamente, con la falla del conjunto, ellos previenen esa falla, porque no les interesa, sea inmediata o remota. Así se tienden puentes, se abren puertos, se levantan fuertes, se construyen canales, se equipan armadas y se disciplinan ejércitos por doquier bajo el cuidado de los gobiernos, los cuales, aunque compuestos por hombres sujetos a todas las aflicciones humanas, se convierten, por una de las más finas y sutiles invenciones imaginables, en una composición en cierta medida exenta de todas esas aflicciones.<sup>19</sup>

Para el maestro, pues, la solución es "el buen gobierno", aunque no nos dice nada sobre qué garantiza que el gobierno sea bueno e, incluso, parece que le otorga una discrecionalidad digna de una fe religiosa (en lo que se refiere a los bienes públicos, porque en lo demás, desde luego, Hume era enemigo de la intervención estatal). ¿Qué tiene que decir el discípulo ante esto? En principio Olson parece moverse en una dirección totalmente distinta, mucho más democrática, diría que 200 años más democrática: en lugar de buscar la solución en ese dejar que el gobierno o los magistrados hagan el trabajo (mecanismo de delegación), lo que Olson busca son los mecanismos que pueden hacer que sean los ciudada-

<sup>19</sup> David Hume, *A Treatise of Human Nature*, t. II, p. 239, citado por Olson, nota 53. El siguiente paso en la historia sería ver a los utilitarios, particularmente a Bentham, quien reclamaba una ciencia social "exacta como la matemática" y para quien, en otro paralelo interesante, la naturaleza humana estaba personificada por el tendero, como dice Sánchez Vázquez (*Filosofía de la praxis*, Grijalbo, México, 1972).

nos mismos los que colaboren (mecanismo de concertación). Pero es muy dudoso que la solución —más bien serie de recetas— a la que llega pueda considerarse más democrática que la de Hume. Su búsqueda discurre esencialmente por dos caminos: puesto que las conclusiones del *teorema de la inacción colectiva* se derivan de dos premisas —la racionalidad y la libertad en el sentido en que las entiende Olson— entonces la única forma de eludir sus consecuencias es modificar esas premisas. Veamos.

La premisa de la "libertad" —cada uno actúa libre de influencias ajenas— podría modificarse de dos formas favorables a la colaboración: ejerciendo alguna medida coercitiva, o bien, mediante la asignación diferenciada de estímulos a los miembros que participan. Los sindicatos, por ejemplo, sobrevivirían gracias a la cláusula de exclusión y a la labor de gestoría que realizan en beneficio de sus agremiados, más que por sus logros en materia de nivel salarial y de contratación colectiva. Se trata, pues, de manipular las condiciones sociales —a los individuos a través de ellas— de forma de lograr que "lo racional" para cada uno sea colaborar. Ya Maquiavelo había definido esta táctica para hacer que los otros hagan voluntariamente lo que el príncipe quiere que hagan. También Talcott Parsons se refería a ello con el lenguaje —más crudo, más conductista, más franco— de los premios y castigos. La diferencia es que los estímulos son la promesa de ofrecer un premio, la coerción es la amenaza inmediata de castigo. En suma, esta primera vía es lo que hoy en día conocemos como el arte de crear consenso a través de la concertación. No está de más aclarar que para Olson, los estímulos, tanto los negativos como los positivos, no tienen por qué ser económicos; más aún, menciona explícitamente a los estímulos morales, sociales, sexuales, etc. que suelen tener esa característica de "premiar" la participación y "castigar" la no participación. Lo único que resta es saber dosificarlos en el momento y lugar oportuno. Sin embargo, para Olson esta vía queda obstruida —momentáneamente— ante un obstáculo: ¿quién tiene la capacidad para administrar estos estímulos, los que así considerados se convierten ellos mismos en un bien público y, por tanto, se vuelven presa de la misma inacción colectiva?

La otra premisa del teorema, la de la "racionalidad" —cada uno busca maximizar eficaz y eficientemente sus ganancias—, no puede evitarse salvo que, al mismo tiempo, se anule la "libertad".

En efecto, ese cálculo maximizador de ganancias puede eludirse recurriendo a un condicionamiento externo que cree en cada uno la actitud "irracional" —espontánea, automática, "instintiva"— de colaborar. Los medios de comunicación y los sistemas educativos serían todavía más importantes aquí que en la primera vía. Y no habría que descartar a la ingeniería genética. No hay mucho que decir que no sea ya demasiado conocido por todo aquel que haya reflexionado siquiera un poco sobre la práctica usual en la publicidad y en las campañas electorales, o sobre los refuerzos skinnerianos en laberintos con ratas, o sobre los mensajes subliminales, etc. Pero está claro que por esta vía nos topamos con el mismo obstáculo de arriba: muy bien, pero ¿quién va a ser el *reforzador* capaz de crear este *mundo feliz*? Los refuerzos, en efecto, se volverían igualmente un bien colectivo que sucumbiría ante la apatía generalizada (o ante alguna insurrección "irracional", pero esto pertenece a otro costal).

La misma tesis de Olson, pues, parece volverse sobre sí misma y morderse la cola. Si nuestro doctor de Harvard no resolviera esta cuestión, su tesis habría quedado meramente como una propuesta para precisar la definición de "buen gobierno" dada por Hume, aunque no precisamente en una dirección que pueda considerarse democrática y, de cualquier forma, sin haber podido resolver el problema que su maestro dejaba en el aire: ¿de dónde surge ese gobierno? Lo que hace que Olson pueda ser reconocido como un autor discutible —en el sentido de digno de ser discutido— e incluso como un clásico, es que, sin duda, da un paso muy importante en la solución de ese problema.

En efecto, el *Teorema de la inacción colectiva* reconoce, como se recordará, una posible excepción: los grupos chicos. Y esta excepción representa una pequeña brecha que se va abriendo conforme la recorremos, hasta llegar a ofrecernos una hipótesis que abarca toda la historia hasta nuestros días y hacia adelante. El razonamiento que sigue Olson penetrando por esa pequeña apertura y adentrándose por sus galerías es éste: un grupo chico que sea efectivo en proveerse del bien colectivo, aunque no del todo eficiente ni libre de parasitismos, podrá actuar sobre sí mismo creándose un sistema de estímulos que le permitan superar esas debilidades y, más que eso, puede crecer; si su crecimiento es solamente numérico, entonces irá perdiendo eficiencia y acabará

cayendo en la inactividad; pero si su crecimiento se da bajo la forma de irse uniendo a otros grupos (aliándose a otros pequeños, subordinando a los menos eficientes) sin que cada uno de ellos desaparezca como grupo, es decir, creando un grupo de grupos, una organización de organizaciones, una federación o una confederación o como quiera llamársele; y si el interés común de toda la confederación se coordina con los intereses comunes de sus grupos integrantes, de forma que estos se conviertan en estímulos para la obtención de aquél, entonces estaríamos ante un grupo muy grande pero *movilizado* gracias a la eficacia de uno o un puñado de sus grupos más pequeños y eficientes.

No cabe la menor duda que ésta es una tesis interesante para cualquier teoría sobre el Estado y sobre la historia. Se comprende que esos grandes grupos de grupos, las naciones y los Estados modernos, muy difícilmente podrían crear los equilibrios necesarios para salvaguardar de manera general y permanente una estructura tan complicada de consensos, concertaciones y demás subordinaciones, sobre todo por la multitud de contradicciones que tendrían que enfrentar y que serán tanto más agudas cuanto más inmersos se encuentren en la escasez; máxime si esos grupos son, como hasta ahora, universalmente inconscientes de que de lo que se trata es de eso precisamente. Por consiguiente, tenía que darse una situación muy parecida a una especie de conspiración universal —tan conocida por todos los gobernantes, políticos y estudiosos de la paranoia— trabajando incontenible e intangiblemente por todos lados contra la eficiencia y, finalmente, contra la eficacia de los grupos dominantes, llevando al grupo entero a la parálisis y amenazándolo de muerte, exigiéndole destacar de su seno, como condición de sobrevivencia, a otro grupo eficaz y eficiente —por consiguiente pequeño—, capaz de desafiar y vencer al primero y de restablecer "la armonía". De hecho, el siguiente y, hasta el momento, último libro publicado por Olson sostiene que las revoluciones traen consigo un crecimiento económico precisamente porque disuelven y desorganizan a los pequeños grupos hasta entonces dominantes.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> Cf. M. Olson, *The rise and decline of nations; economic growth, stagflation and social rigidities*, Yale University Press, 1984 (1982) [*Auge y decadencia de las naciones*, Ariel, Barcelona, 1986].

Tal vez sea esto último lo que explique por qué Olson no ha sido aceptado, ni pueda ser aceptado, entre los *thinktanks* del neoliberalismo. Resulta demasiado crudo para ellos. Creo que no estaría distorsionando su pensamiento si lo formulara en los siguientes términos: la sociedad burguesa, en la medida en que realice sus principios económicos, sociales y políticos de racionalidad y libertad, se mueve permanente y necesariamente en ciclos de eficiencia-ineficiencia que sólo pueden relanzarse mediante una revolución, es decir, mediante la sustitución de unos grupos dominantes por otros y la consiguiente rearticulación entre todos los grupos existentes, y si los nuevos grupos dominantes se han de basar en los mismos principios burgueses, entonces tendrán que superar a los anteriores en su eficacia para manipular y condicionar a los grupos dominados, especialmente a los más grandes.

No cabe duda que Olson resulta un autor tan sorprendente para todos como incómodo para los grupos dominantes en las teorías antropológicas, lo mismo en la economía que en la política. Más incómodo aún para los demás grupos dominantes. No en balde la *Journal of Economic Literature* comentaba su último libro en los siguientes términos: "tal vez no queramos hacer nuestras las conclusiones de Olson, pero sin duda debemos considerar seriamente sus hipótesis".<sup>21</sup>

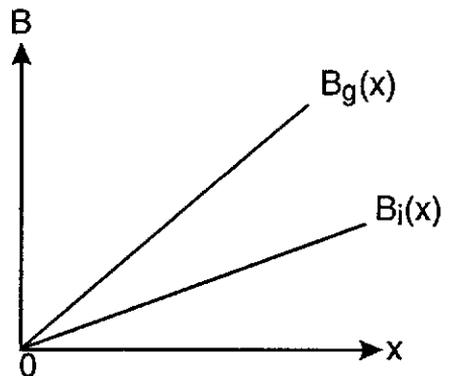
#### APÉNDICE

1. *Variable independiente.* Sea  $x \in \mathbb{R}$  una medida de la colaboración de un individuo con el grupo. En particular Olson toma la cantidad de bien colectivo que el individuo proveerá al grupo,  $x \in \mathbb{R}^+$ .

2. *Función de beneficio del grupo.* Sea

$$B_g(x): \mathbb{R} \rightarrow \mathbb{R},$$

una medida del beneficio que representa para el grupo la obtención de  $x$  unidades de bien colectivo.



<sup>21</sup> Citado en *Book Review Digest*, 1983.

$$B_g(0) = 0.$$

Olson supone que esta función es no decreciente. Para efectos de ilustración toma la función

$$B_g(x) = kx, \quad k \in \mathbb{R}^+.$$

3. *Función de beneficio del individuo.* Sea

$$B_i(x): \mathbb{R} \rightarrow \mathbb{R},$$

una medida del beneficio que representa para el individuo la obtención de  $x$  unidades de bien colectivo. Por la suposición adicional 3,

$$B_i(x) = pB_g(x), \quad p \in [0, 1].$$

Por la *suposición adicional 1*,  $p = k/n$ , con  $k \in \mathbb{R}^+$  y donde  $n$  representa el número de individuos en el grupo. Por consiguiente,

$$B_i(x) \rightarrow 0$$

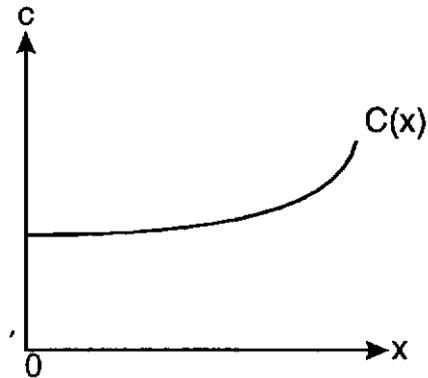
conforme  $n$  crece.

4. *Función de costo.* Sea

$$C(x): \mathbb{R} \rightarrow \mathbb{R}$$

una medida del costo que representa obtener  $x$  unidades de bien

colectivo. Olson supone que esta función es no decreciente, que la primera unidad de bien colectivo trae consigo un costo inicial mayor que cero y que, a partir de un determinada cantidad de bien colectivo, el costo de su adquisición aumenta cada vez más. Por la *suposición adicional 2* esta función es independiente del tamaño del grupo.



5. *Función de ganancia individual.*

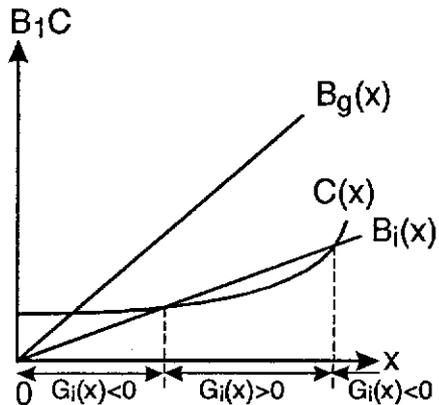
La función  $G_i(x)$  definida como

$$G_i(x) = B_i(x) - C(x)$$

representa una medida de la ganancia que obtendría el individuo si proporcionase al grupo  $x$  unidades de bien colectivo. Por tanto,

$$G_i(x) \rightarrow -C(x)$$

conforme  $n$  crece.



6. *Función de ganancia para el grupo.* La función  $G_g(x)$  definida como

representa una medida de la ganancia que obtendría el grupo si le fueran proporcionadas  $x$  unidades de bien colectivo.

Suponiendo que las funciones anteriores son derivables, y que para alguna  $x > 0$  se obtiene

$$G_i(x) > 0,$$

entonces

i) el óptimo para el individuo es menor que el óptimo para el grupo (*principio de ineficiencia*);

ii) si los individuos  $j$  y  $k$  tienen funciones de beneficio tales que

$$B_j(x) < B_k(x) \text{ para } x > 0,$$

entonces el óptimo para el individuo  $j$  será menor que el óptimo para el individuo  $k$  (*principio de parasitismo*).

Demostración:

$$\begin{aligned} i) \quad \frac{\delta}{\delta x} G_i(x) &= \frac{\delta}{\delta x} [B_i(x) - C(x)] = p \frac{\delta}{\delta x} B_g(x) - \frac{\delta}{\delta x} C(x) < \\ &< \frac{\delta}{\delta x} B_g(x) - \frac{\delta}{\delta x} C(x) = \frac{\delta}{\delta x} G_g(x) \end{aligned}$$

ii) Si  $B_j(x) = p_j B_g(x) < B_k(x) = p_k B_g(x)$ , entonces sea  $\alpha = p_k - p_j > 0$

$$\frac{\delta}{\delta x} G_j(x) = p_j \frac{\delta}{\delta x} B_g(x) - \frac{\delta}{\delta x} C(x)$$

#### ABSTRACT

The purpose of this article is to contribute to the discussion concerning the relationship between the individual and the group, especially that of collective action, through the exposition and critical annotations of Mancur Olson's "founding" work, one of his now classic analyses within the field of contemporary liberal individualism and perhaps the most recognized as an essential reference point for the defenders of the other schools of thought.

The sole formulation of Olson's thesis is a incitation to the debate in Social Anthropology, as well as to that of Political Science, Sociology, History, and Economics. Olson himself controversially develops his principal consequences in all these fields. His current relevance is evident from the first reading. For these reasons, and because in spite of them he is little known in Latin American circles, I have chosen to attempt in this article a formalization of Olson's argument that highlights his substantial theoretical considerations, serves as an introduction to his reading, and identifies some points for a discussion from a perspective that is diametrically opposed to that of individualism.